

LA TRIPOLARIDAD EN LA ONU

JUAN ALDEBARAN

EL juego en la ONU está suficientemente claro: los países partidarios de la India tratan de alargar todo lo posible el momento de implantar el alto el fuego, mientras los países partidarios de Pakistán intentan aplicarlo inmediatamente. El tiempo está a favor de la India: su superioridad militar le permite avanzar con cierta facilidad por el territorio enemigo, y se trata de ocupar Dacca y la mayor parte posible del Pakistán oriental, con objeto de instalar al Gobierno de Bengala Libre y consagrarlo por el «hecho consumado». Que en las Naciones Unidas, China y la URSS se enfrenten a golpes de veto y de terribles ataques verbales, que China y los Estados Unidos voten juntos, a favor del Pakistán, contra la URSS, es algo que escandaliza a los puritanos de la política. Sin embargo, está en la naturaleza de las cosas, en la política de nacionalidades por encima de la política de ideologías, que regresa al galope, si es que alguna vez ha estado fuera de la práctica. China necesita del Pakistán fuerte para debilitar a la India, que es su enemiga; la URSS necesita de una India fuerte para inquietar a China, que es su enemiga. Los Estados Unidos necesitan del Pakistán, que, aunque amigo de China, forma parte de los pactos antisoviéticos de la zona... Cualquier examen de la situación desde un punto de vista moral es insostenible. Cualquier idealismo debe estar excluido. Una vez más, dos naciones pobres distraen su hambre guerreando entre sí, con espantosa mortandad, mientras sirven los intereses de naciones superiores. Desde un punto de vista puramente académico, si uno con-

sigue abstraerse de la matanza, del repugnante suceso, del horror que produce siempre la reaparición de la guerra, la cuestión ofrece el interés de ver, por primera vez, los manejos de un mundo tripolarizado, cuando hasta ahora lo conocíamos bipolar. Si en este caso los Estados Unidos se suman a las posiciones de China, los veremos en cualquier otro aproximarse a los de la URSS, como en algún momento puedan coincidir la URSS y China frente a los Estados Unidos en alguna votación. Todo ello a base de grandes insultos e incluso de empujones y delegados agarrándose por las solapas, como la televisión ha transmitido, vía satélite, al mundo entero, mientras el llamado Consejo de Seguridad era incapaz de adoptar ninguna resolución que supusiera alguna seguridad para la zona. La perspectiva parece ser la de que triunfará el Gobierno de Bengala Libre que, por otra parte (véase nuestro número anterior), trata de conseguir una libertad y una solución de la situación colonial que subordinaba aquella zona al Pakistán occidental, centralista, y resolver la situación de opresión y matanzas que se había impuesto tras las revueltas secesionistas. Sirva quizá de consuelo esta posibilidad de una mayor justicia, aunque deba ser considerada como estrictamente al margen de los móviles de las grandes potencias, y aunque permanezca la sospecha de si, a la larga, el posible nuevo Estado de Bengala no habrá hecho más que cambiar su subordinación al Pakistán por una nueva subordinación a la India, aunque ésta declare que no tiene propósitos de anexiones territoriales. Pero, ¿quién sabe? ■ JUAN ALDEBARAN.

La Capilla Sixtina

LOS OBISPOS

He telefonado a mi querido contertulo de TRIUNFO Enrique Miret Magdalena para que me permitiera hablar de cosas de política eclesial en el espacio asignado. Enrique Miret me ha dicho:

—Depende de lo que vayas a decir, porque tú eres un anticlerical, un comecuras casi lerrouxista.

—Hombre, Enrique, eso fue en el pasado, pero desde que leí «El liberalismo es pecado», del padre Salvá y Salvany, y lo comparo con los escritos del padre González Ruiz, del cura Aguirre, del cura Dalmau o las declaraciones de monseñores como Echarren, pues, la verdad, aún sé distinguir.

—Yo me lavo las manos.

Y en efecto. Miret Magdalena se ha lavado las manos y yo paso a hablar de un tema de política eclesial que me preocupa. Es el tema de los obispos. El nombramiento reciente de obispos ha sido, en mi opinión, una de las más perfectas muestras de ballet neoclásico que se nos ha dado en presenciar a los españoles. Ha sido la perfección suma de cálculos de peso, medidas y distancias para la construcción de un delicado edificio de perspicacia político-eclesial-coyuntural.

Pasa a la sede primada González Martín, obispo de Barcelona, que no fue muy bien acogido a su llegada a la ciudad porque no era catalán. En torno a la entronización de González Martín prosperó una campaña basada en el «slogan»: «Volem bisbes catalans» («Queremos obispos catalanes»). En la vacante dejada por el nuevo primado se sitúa a un obispo catalán, pero no sólo catalán. El señor Jubany es, además de obispo catalán, un obispo técnico, tecnócrata (en el sentido más objetivo del término). El señor Jubany es un religioso de orden, de mucho orden, pero además un perfeccionista y un convencido de que obras son amores y no buenas razones. Es, con respecto a la Iglesia, para poner un ejemplo claro, lo que los desarrollistas

son con respecto a la política española actual.

A la sede del Norte, tan convulsa, dramática, de reciente rasgadura, va un obispo social, monseñor Añoberos, hombre más preocupado por las cuestiones sociales que por las de las nacionalidades. En cambio, el obispo Cirarda, el hombre que vivió el tenso clima vasco de estos últimos años, pasa a una diócesis donde deberá ejercer sobre todo como obispo-social.

La maravilla equilibradora (obsérvese que prescindo del más que justificado adjetivo equilibrista) llega a la cumbre con los nombramientos de Enrique Tarancón como arzobispo de Madrid, y González Martín como cardenal primado. González Martín sustituirá a Tarancón en una serie de representaciones político-espirituales congénitas con el nombramiento de primado. Y esa sustitución será acogida con una cierta satisfacción por altos estamentos de la alta política nacional. En cambio, para que tan altas satisfacciones no lo sean del todo, Tarancón pasa nada menos que a arzobispo de Madrid, lo que le otorga un poder representativo y factual suficiente como para seguir siendo la cabeza visible del «reformismo» eclesial español.

Todos contentos y todos descontentos podría ser el balance de esta danza sutil, tejida de puntillas y sobre balanza. Y esa es una de las claves de la hora política presente que no ha escapado a la fina percepción del Vaticano. En épocas de transición, y la Iglesia pasa una época de transición desde la aparición de los albigenses, hay que ganar tiempo al tiempo y actuar con cautela.

Dicen que el diablo sabe más por viejo que por diablo, y, en los antipodas, igual podría decirse del Vaticano. Pero mucho me temo que si siguen exhibiendo una sabiduría táctica y estratégica de este calibre se verán asaltados por una legión de angustiados buscadores de la cuadratura del círculo.

SIXTO CAMARA